

LIBRO NOVENO

POTENCIAS NEUTRALES

Continúan las negociaciones con las diversas cortes de Europa. - Tratado con la corte de Nápoles. - Exclusión de los ingleses de los puertos de las dos Sicilias, y obligación que contrae el gobierno napolitano de admitir en Otranto una división francesa. - Promete la España exigir por medio de la fuerza que no se admita á los ingleses en las costas de Portugal. - Vastos proyectos marítimos del primer cónsul dirigidos á hacer obrar de consuno las fuerzas navales de España, Francia y Holanda. - Medios imaginados para socorrer al Egipto. - El almirante Ganteume á la cabeza de una división sale de Brest con una borrasca, y se dirige hacia el estrecho de Gibraltar para trasladarse al desembarcadero del Nilo. - Coalición general de las naciones marítimas contra Inglaterra. - Preparativos de los neutrales en el Báltico. - Exaltación belicosa de Pablo I. - Penuria de Inglaterra. - Espantosa carestía que la aqueja. - Estado de su hacienda y de su comercio antes y después de la guerra. - Acrecentamiento simultáneo de sus cargas y de sus recursos. - Odio contra Mr. Pitt. - Su desavenencia con Jorge III y su salida del Ministerio. - Ministerio Addington. - Inglaterra, á pesar de sus apuros, arrostra la tormenta y envía al Báltico á los almirantes Nelson y Párker para romper la liga de los neutrales. - Plan de Nelson y de Párker. - Decídense á forzar el paso del Sund. - Por hallarse mal defendida la costa de Suecia atraviesa el Sund la escuadra inglesa casi sin dificultad. - Sitúase delante de Copenhague. - Opina Nelson que se dé batalla á los dinamarqueses antes de internarse en el Báltico. - Descripción de la posición de Copenhague y de los medios adoptados para la defensa de esta importante plaza marítima. - Hace Nelson una maniobra atrevida y se hace firme en el *Paso Real* frente á las embarcaciones dinamarquesas. - Batalla sangrienta. - Arrojo de los dinamarqueses y peligro de Nelson. - Envía éste un parlamentario al príncipe regente de Dinamarca, y consigue las ventajas de una victoria. - Suspensión de armas de catorce semanas. - En el intervalo llega la noticia de la muerte de Pablo I. - Acontecimientos de Rusia. - Exasperación de la nobleza rusa contra el emperador Pablo y resolución de librarse de él por cualesquiera medios y aun por medio de un crimen. - El conde Pahlen. - Su carácter y proyectos. - Su proceder con el gran duque Alejandro. - Proyecto de asesinato bajo capa de una abdicación forzosa. - Horrible escena del palacio Miguel en la noche del 23 de marzo. - Muerte trágica de Pablo I. - Advenimiento de Alejandro. - Disuélvese la coalición de los neutrales con la muerte de aquel emperador. - Armisticio de hecho en el Báltico. - El primer cónsul trata de mantener á la Prusia en la liga de los neutrales ofreciéndole el Hannover. - Inglaterra, satisfecha de haber disuelto aquella liga con la batalla de Copenhague y de verse libre de Pablo I, trata de aprovechar aquella ocasión para negociar con Francia y reparar los errores de Pitt. - El ministro Addington hace ofrecer la paz al primer cónsul por conducto de Mr. Otto. - Acéptase la proposición y se emprenden tratos en Londres entre Francia é Inglaterra. - La paz va á generalizarse en mar y tierra. - Progresos de Francia desde el 18 brumario.

Firmada en Luneville en febrero de 1801 la paz con el emperador y el imperio, el primer cónsul estaba impaciente por aprovechar sus ventajas. Debían ser éstas: concluir la paz con los Estados del continente, que no se habían hecho aún amigos de la república; obligarlos á cerrar sus puertos á la Inglaterra; conjurar contra ésta todas las fuerzas de las potencias neutrales; reunirse con las mismas para meditar alguna vasta empresa contra el territorio y comercio británicos, y alcanzar en suma con este conjunto de medios la paz marítima, complemento indispensable de la paz continental. Todo anunciaba por otra parte que no tardarían en conseguirse tan grandes y prósperos resultados.

La dieta germánica había ratificado la firma puesta por el emperador en el tratado de Luneville; ni era de temer que obrara de otra manera, disponiendo el Austria de los Estados eclesiásticos, que eran los únicos realmente opuestos al tratado. En cuanto á los príncipes seculares, debiendo quedar indemnizados de sus pérdidas con el recurso de las secularizaciones, estaban interesados en que se aceptasen sin demora las estipulaciones acordadas entre Austria y Francia. Estaban además sujetos á la influencia de Prusia, que por sugerencias de la Francia aprobaba lo que acababa de hacerse en Luneville. Por otra parte, todos á la sazón

anhelaban la paz y estaban dispuestos á contribuir á ella aun con sacrificios. Sólo la Prusia, al ratificar la firma puesta por el emperador sin poderes de la Dieta, había querido conceder una ratificación, cuya forma significase más bien tolerancia que aprobación y que dejase indemnes para lo venidero los derechos del imperio. Pero la proposición de la Prusia, que á pesar de ratificar el tratado llevaba implícita una inculpación indirecta contra el emperador, no obtuvo la suficiente mayoría. Ratificóse el tratado pura y simplemente por medio de un *conclusum* del 9 de marzo de 1801 (18 ventoso del año IX). Las ratificaciones se canjearon en París el 16 de marzo (25 ventoso), y sólo quedaba por arreglar el sistema de indemnizaciones, que debía ser asunto de negociaciones ulteriores.

Quedaba, pues, hecha la paz con la mayor parte de Europa; no estaba aún firmada con la Rusia; pero había, según vamos á manifestar, compromisos con ella y con las cortes del Norte para una gran coalición marítima. Había en París dos ministros rusos: el uno era Mr. de Sprengporten para el asunto de los prisioneros, y el otro Mr. de Kalitscheff para el arreglo de las cuestiones generales; acababa de llegar este último en los primeros días de marzo (mediados de ventoso). Sólo faltaba reducir á las cortes de Nápoles y Portugal para

que la Inglaterra se viese excluida de todo el continente.

Murat se había adelantado hacia la Italia meridional con el cuerpo escogido que se había formado en el campamento de Amiéns, y reforzado con varios destacamentos del ejército del general Brune, se dirigió sobre Foligno para obligar á la corte de Nápoles á ceder á los deseos de la Francia. A no ser por el empeño que mostró el emperador de Rusia en favor de aquella corte, el primer cónsul hubiera quizá cedido desde luego á la casa de Parma el reino de las dos Sicilias, para librar aquella hermosa región de una familia enemiga; pero las disposiciones que manifestaba el emperador Pablo no le permitían cometer semejante resolución. Quería fuera de esto contemplar á la opinión europea, y por lo tanto era menester evitar todo lo posible el trastorno de las antiguas dinastías. Estaba, pues, dispuesto á conceder la paz á la corte de Nápoles, siempre y cuando rompiese ésta con Inglaterra, cosa en verdad más difícil de conseguir que otra cualquiera. Avanzó Murat hasta las fronteras del reino, procurando no tocar á Roma, antes bien prodigando al papa los más cumplidos homenajes de respeto. No se resistió más la corte de Nápoles, y firmó un armisticio en que se estipulaba, según los deseos del primer cónsul, la exclusión de los ingleses de los puertos de las dos Sicilias. La tregua, sin embargo, era corta, sólo de treinta días, pasado cuyo término había que firmar una paz definitiva. El marqués de Gallo, uno de los negociadores de Campo-Formio que se preciaba de conocer al primer cónsul, y de ejercer sobre él tanto ascendiente como Mr. de Cobentzel, se había encaminado á París, donde esperaba que valiéndose de sus relaciones personales, de la protección de la legación rusa, y de las recomendaciones del Austria, podría lograr lo que la corte de Nápoles deseaba, que era solamente la neutralidad. La pretensión era ridícula, porque una corte que había enarbolado la bandera de la segunda coalición, que nos había hecho encarnizada guerra, y que por último tan indignamente había tratado á los franceses, mal podía, ahora que estaba sometida á nosotros, quedar libre de compromiso por separarse pura y simplemente de la Inglaterra. Lo menos ciertamente era que se la obligase de grado ó por fuerza á hacer contra la Inglaterra tanto como había hecho contra la Francia.

Habiendo mostrado en París el marqués de Gallo cierta presunción, y aparentando estar sostenido más de lo que convenía por la legación rusa, dióse pronto término á su negociación. Declaróle Mr. de Talleyrand que ya un plenipotenciario francés había salido con dirección á Florencia, que la negociación se había por consiguiente trasladado á dicha ciudad, que fuera de aquello no podía él tratar con un negociador que no estaba autorizado para consentir en la única condición que se consideraba como esencial, es decir, en la expulsión de los ingleses de los puertos de las dos Sicilias, condición que tanto deseaba el emperador Pablo como el primer cónsul; por lo tanto, el marqués de Gallo se vió precisado á salir de París inmediatamente. En efecto, acababa de enviarse á Florencia á Mr. Alquier, á quien había reemplazado Luciano Bonaparte en la embajada de España, é iba con instrucciones y poderes competentes para tratar.

Trasladóse á Florencia este plenipotenciario con toda

premura, encontró allí al caballero Micheroux, el mismo que había firmado un armisticio con Murat y que acababa de recibir plenos poderes de su corte. La negociación, trasladada á aquel punto, continuada bajo las bayonetas del ejército francés, no debía ofrecer ya las mismas dificultades que en París. Quedó firmado el tratado de paz el 18 de marzo de 1801 (27 ventoso del año IX). Si se compara su contenido con la situación de la corte de Nápoles respecto de la república francesa, puede ciertamente asegurarse que nada tenía de desmesurado y cruel. Quedábale á aquella rama de la casa de Borbón la integridad de sus Estados; sólo se exigía de ella la parte de territorio, muy insignificante por cierto, que poseía en la isla de Elba, reducida á Porto-Longone y su distrito. La isla de Elba pertenecía á la sazón parte á la Toscana y parte á las dos Sicilias, é intentaba el primer cónsul cedérsela entera á la Francia. Un historiador de los tratados de aquel tiempo declama enérgicamente contra esta supuesta violencia, como si no fuera el derecho más común de la victoria. Fuera de este pequeño sacrificio nada perdía la corte de Nápoles. Obligábase ésta á cerrar sus puertos á los ingleses y á entregar á la Francia tres fragatas armadas y enviadas otra vez á Ancona; destinábalas el primer cónsul á Egipto. La estipulación más importante del tratado, que era secreta, obligaba al gobierno napolitano á recibir una división de doce á quince mil franceses en el golfo de Tarento y á sostenerlos todo el tiempo que durase aquella ocupación. Trataba con esto el primer cónsul, obrando ahora sin ninguna mira, de tener allí dispuesta aquella división para socorrer al Egipto, pues situados en aquel punto sólo tenían que andar la mitad del camino para ponerse en Alejandría. Se estipulaba por el último artículo la devolución de los objetos artísticos que se habían escogido en Roma para Francia, que estaban ya encajonados cuando el ejército napolitano penetró en los Estados del papa en 1799, y de los cuales se había apoderado la corte de Nápoles. Concedíase por fin una indemnización de quinientos mil francos á los franceses que habían sido saqueados ó maltratados por las bandas indisciplinadas de napolitanos.

Tal fué el tratado de Florencia, que puede dignamente figurar como un acto de clemencia, confrontado con la conducta anterior de la corte de Nápoles, pero que se ajustaba perfectamente á las miras del primer cónsul, atento únicamente al cuidado de cerrar á la Inglaterra los puertos del continente, y de asegurarse posiciones ventajosas para comunicar con el Egipto.

Nada aún estipuló con el papa, cuyo plenipotenciario agitaba en París la cuestión religiosa, que era la más importante de todas. Estaba descontento del rey del Piamonte, que había entregado la Cerdeña á los Ingleses, y también del pueblo piamontés, que había mostrado á los franceses muy poca benevolencia. Resolvió por esta razón quedar libre de todo empeño con respecto á esta parte tan importante de la Italia.

Quedaba España y Portugal, donde todo salía á medida de su deseo. La corte de España, satisfecha en sumo grado con las estipulaciones de Luneville, que aseguraban la Toscana al joven infante de Parma con el título de rey, se mostraba cada día más afecta al primer cónsul y á sus proyectos. Un acontecimiento nota-

ble, aunque ya previsto, que fué la caída de Urquijo, lejos de perjudicar á nuestras relaciones, sólo contribuyó á estrecharlas más. No se había creído así al principio, por cuanto era Urquijo en España una especie de revolucionario, de quien debió en rigor haber esperado la Francia mejores servicios que de otro cualquiera; pero el resultado probó que había habido engaño. Urquijo gobernó muy poco tiempo; deseoso de corregir ciertos abusos, había hecho que el rey Carlos IV dirigiese al papa una carta escrita de su propio puño, que contenía una serie de proposiciones para la reforma del clero español. El papa, alarmado al ver que el espíritu reformador cundía hasta la misma España, se dirigió al anciano duque de Parma, hermano de la reina, quejándose de Urquijo, y pintándole como católico heterodoxo. No se necesitaba más para perder á Urquijo en el concepto de su soberano; además el príncipe de la Paz, enemigo declarado suyo, supo aprovechar aquella ocasión, y le dió el golpe decisivo durante un viaje que emprendió la corte: fué el resultado de aquellas diversas influencias reunidas, que Urquijo se encontró destituido con una aspereza sin ejemplo, que casi pudiéramos llamar brutal. Se le arrancó de su casa, y se le sacó de Madrid como á un reo de Estado; Ceballos, pariente y hechura del príncipe de la Paz, fué nombrado para sucederle; el príncipe volvió á ser desde aquel punto el verdadero primer ministro de la corte de España. Como ya en algunas ocasiones hubiese mostrado cierta oposición á la unión íntima con la Francia, probablemente por tener ocasión de censurar al ministerio español, se temió que este cambio fuese perjudicial á los proyectos del primer cónsul; pero Luciano Bonaparte, que acababa de llegar á Madrid, penetrándose bien de la situación, dejó aparte á Ceballos, especie de testafiero sin poder, y entabló relaciones directas con el príncipe de la Paz. Supo insinuar á éste que él era el que consideraban todos en París como verdadero primer ministro de Carlos IV, que por lo tanto él sería el responsable moralmente, y no otro alguno, de los entorpecimientos que pudiera suscitar la España á la política francesa, y que según fuese su conducta, así sería la Francia su enemiga ó su aliada. El príncipe de la Paz, que había suscitado muchos odios, y especialmente el del heredero presunto del trono, irritado hasta el extremo por el estado de opresión en que se veía condenado á vivir; el príncipe de la Paz, que se reconocía perdido si le llegaban á faltar los reyes, consideró como de gran prez la amistad de la familia de Bonaparte, y se dió prisa á preferir la alianza á la hostilidad. Desde entonces se trataron los negocios directamente entre el príncipe de la Paz y Luciano. Urquijo, que se reconocía impotente para resolver la cuestión del Portugal, había ido demorando cuanto podía una explicación terminante sobre este negocio. Había hecho á la Francia reiteradas promesas, pero siempre sin resultado. El príncipe de la Paz en sus conferencias con Luciano confesó que hasta entonces no se había querido hacer cosa alguna; que Urquijo había ido entreteniendo á la Francia con buenas palabras, y declaró que por su parte estaba dispuesto á ponerse de acuerdo con el primer cónsul para obrar enérgicamente contra Portugal, dado el caso de convenirse primero sobre ciertos puntos. Pedía en primer lugar la agregación de una división

francesa de veinticinco mil hombres por no hallarse la España en estado de poner más de veinte mil en pie de guerra; tanto había decaído aquella gloriosa monarquía. Y como la aparición de un ejército francés podía causar inquietud al rey y á la reina, era menester, para tranquilizarlos, que dicha fuerza estuviese bajo el mando de un general español; había de ser este general el mismo príncipe de la Paz. Finalmente, las provincias de Portugal, cuya conquista se iba á emprender, debían quedar en depósito bajo la autoridad del rey de España hasta la conclusión de la paz general; entretanto, todos los puertos de aquel reino quedarían cerrados á la Inglaterra.

Estas proposiciones fueron admitidas por el primer cónsul con la mayor premura y remitidas á la aprobación del rey Carlos IV. Este príncipe, dominado por la reina, la cual estaba sometida á su vez al príncipe de la Paz, consintió en mover guerra á su yerno, con la condición de que no se despojara á éste de parte ninguna de su territorio, obligándole tan sólo á romper con los ingleses y á entrar en la liga de Francia y España. Estas miras no convenían enteramente con las del príncipe de la Paz, quien, según se afirmaba en Madrid, trazaba el modo de alzarse con un principado en Portugal. Pero como quiera que esto sea, fué indispensable someterse, y recibió el grado de generalísimo. Se intimó á la corte de Lisboa que se explicase en el término de quince días, y que eligiera entre Inglaterra y España, apoyada esta última por la Francia. Comenzaron entretanto por ambos lados del Pirineo los preparativos y el tráfigo de guerra. El príncipe de la Paz, nombrado generalísimo de las tropas españolas y francesas, privó al rey hasta de su propia guardia para poder reunir un ejército. Dió ocios y distracción á la corte con revistas y fiestas marciales, y se entregó á los más lisonjeros ensueños de gloria militar. El primer cónsul por su lado envió inmediatamente hacia España parte de las tropas que iban regresando á Francia. Formó una división de veinticinco mil hombres bien armados y equipados; confió el mando de su vanguardia al general Leclerc; el general Gouvión-Saint-Cyr, á quien consideraba con razón como uno de los generales más hábiles de la época, debía mandar el cuerpo de ejército entero y suplir á la crasa ignorancia del príncipe generalísimo.

Convínose en que estas tropas, puestas en marcha desde el mes de marzo, estarían dispuestas á entrar en España en todo el mes de abril.

La Europa entera se prestaba á nuestros designios. Al influjo del primer cónsul los Estados del Mediodía cerraban sus puertas á la Inglaterra, y los del Norte se unían contra ella en formidable liga. En semejante situación era preciso que esta potencia tuviese fuerzas en todas partes: en el Mediterráneo para bloquear al Egipto; en el estrecho de Gibraltar para detener el movimiento de las escuadras francesas del uno al otro mar; en la costa de Portugal para socorrer á este aliado en su apuro; delante de Rochefort y de Brest para bloquear á la grande escuadra franco española, ya dispuesta á hacerse á la vela, y en el Norte para contener el Báltico é impedir el levantamiento de los neutrales. Finalmente, necesitaba fuerzas en la India para conservar allí su dominación y sus conquistas.

No quería dejar pasar el primer cónsul la excelente coyuntura de hallarse las fuerzas británicas diseminadas forzosamente, por la necesidad de acudir á tantos puntos á la vez, para tentar alguna expedición de importancia. La principal, y que más le interesaba, tenía por objeto socorrer á Egipto. Reconociase con grandes obligaciones hacia aquel ejército conducido por él al otro lado de los mares y abandonado después para socorrer á la Francia. Consideraba por otra parte aquella colonia fundada en las riberas del Nilo como su obra más completa. Anhelaba probar al mundo que, al conducir al Oriente á treinta y seis mil hombres, no había cedido á la delirante inspiración de un cerebro joven y exaltado, sino que había intentado una empresa seria, susceptible de un éxito completo. Vimos ya los esfuerzos hechos para concluir un armisticio naval que permitiese la entrada de seis fragatas en el puerto de Alejandría; y se recordará que aquel armisticio no llegó á sazón. Escaseando los recursos de hacienda para ocurrir á un armamento general de mar y tierra, no había podido aún el primer cónsul emprender la vasta operación que tenía proyectada para socorrer al Egipto. Pero descargado ahora de la guerra continental, y pudiendo dirigir sus arbitrios á la guerra marítima exclusivamente, teniendo además á su disposición casi toda la extensión de las costas de Europa, meditaba para conservar el Egipto proyectos tan grandiosos y atrevidos como los que había realizado al conquistarlos. Facilitábalos la estación de invierno, que hacía imposible la continuación de los cruceros ingleses.

Entretanto salieron de todos los puertos de Holanda, Francia, España é Italia y aun de las costas de Berbería embarcaciones de todo género, mercantes y de guerra, desde simples avisos hasta fragatas, para llevar á Egipto noticias de Francia, socorros y géneros de Europa, vino y municiones de guerra. Algunas de aquellas embarcaciones eran apresadas, pero la mayor parte arribaban á Alejandría, y no transcurría una sola semana sin que se recibiesen en el Cairo nuevas del gobierno y muestras del interés que inspiraba la colonia.

Formaba además el primer cónsul una marina especial para las costas y canalizos del Egipto. Aprobó el modelo de un navío de 74, que reunía á su gran fuerza la ventaja de atravesar las barras de Alejandría sin necesidad de descargarle de la artillería (1), y se dieron las órdenes competentes para construir varios con arreglo á aquel modelo.

Mientras desplegaba toda esta solicitud para no desalentar al ejército de Egipto, mandándole á menudo noticias y socorros parciales, preparaba una grande expedición para enviarle de una vez socorros considerables, así de material como de tropas. Regresaban los ejércitos al territorio francés é iban á abrumar nuestro Tesoro, pero en cambio ofrecían al gobierno grandes medios para molestar y para dar un golpe quizá á la Inglaterra. En la Cisalpina habían quedado treinta mil hombres, diez mil en el Piamonte y seis mil en Suiza; marchaban quince mil hacia el golfo de Tarento, veinticinco mil hacia Portugal, y otros tantos permanecían estacionados en Holanda. Formaban un total de cien-

(1) Carta del 1.º nivoso del año IX (Archivo de la secretaría de Estado). (N. del A.)

to once mil hombres que debían vivir sobre el suelo extranjero. Los demás quedaban á cargo del Tesoro francés, pero enteramente á la disposición del primer cónsul. Formábase un campamento en Holanda, otro en la Flandes francesa y otro en Brest. Ya un cuarto campamento estaba reunido en el Gironde, ya fuese para Portugal, ya para suministrar tropas de embarque en Rochefort. Los cuerpos procedentes de Italia se reunían hacia Marsella y Tolón.

La división de quince mil hombres destinada al golfo de Tarento debía ocupar á Otranto, en virtud de un artículo secreto del tratado de Nápoles, cubrir sus radas circunvecinas con numerosas baterías y preparar un fondeadero donde pudiesen entrar diez ó doce mil hombres á bordo de una escuadra para dirigirse á Egipto. El almirante Villeneuve salió para tomar en aquellos mismos puntos las disposiciones necesarias para dicho embarque.

Las fuezas navales de Holanda y algunos restos de la marina italiana, situados cerca de estas diversas reuniones de tropas, estaban destinados á hacer temer á Inglaterra expediciones contra todos los puntos á la vez, contra la Irlanda y Portugal, el Egipto y las Indias.

Púsose de concierto el primer cónsul con España y Holanda respecto al empleo que se había de dar á las tres marinas. Reuniendo los restos de la antigua potencia holandesa, podían aún armarse cinco buques de alto bordo y algunas fragatas. Había en Brest treinta navíos, quince franceses y quince españoles, detenidos en aquel puerto hacia dos años, y el primer cónsul acordó con España las disposiciones siguientes. Debían dirigirse al Brasil cinco navíos holandeses, con otros cinco franceses é igual número de españoles para proteger aquel hermoso reino y estorbar que Inglaterra se desquitase en las colonias portuguesas de la pérdida que le amagaba á la sazón en Portugal. Según este convenio, permanecerían en Brest veinte navíos españoles y franceses dispuestos siempre á llevar un ejército á Irlanda. Organizábase en el mismo punto de Brest, comandada por Ganteaume, una división francesa con destino, según se decía, á Santo Domingo, para restablecer allí la dominación francesa y española. Equipábase en Rochefort otra división francesa, y otra española de cinco navíos en el Ferrol para llevar tropas á las Antillas y recobrar la Trinidad, por ejemplo, ó bien la Martinica. La España, satisfecha del tratado que le aseguraba la Toscana en cambio de la Luisiana, había prometido dar á la Francia seis navíos completamente armados, entregarlos en Cádiz, y aprovechar los recursos de aquel antiguo arsenal para organizar parte de las fuerzas que tuvo en él otro tiempo.

Al hacer estos arreglos ocultaba el primer cónsul al gabinete español sus verdaderos intentos por cuanto temía su poca reserva. Quería sí enviar al Brasil y á las Antillas una parte de las fuerzas combinadas para lograr el objeto declarado, y llamar la atención de las escuadras inglesas hacia aquellos puntos; pero, por lo que hace á Brest, sólo pensaba en la expedición de Ganteaume anunciada para Santo Domingo y destinada en realidad al Egipto. Había mandado elegir los siete navíos más veleros de la escuadra y además dos fragatas y un bergantín; debían éstos llevar á bordo cinco mil

hombres de desembarco, municiones de toda especie, maderas, hierros, medicamentos y los géneros europeos más apetecidos en Egipto. Mandó proceder de nuevo al cargamento ya casi terminado, y volverle á empezar con arreglo á nuevas disposiciones. Quería que cada navio llevase un surtido completo de todos los objetos preparados para la colonia, y no los objetos de una sola especie separadamente, para que si era apresado alguno de ellos, no careciese la expedición enteramente de los géneros contenidos en el buque apresado por el enemigo. Esta disposición era contraria á los hábitos de la marina, y hacía más dificultoso el asiento de la carga en los buques; pero la voluntad absoluta del primer cónsul venció todos los obstáculos. Su edecán Lauristón estaba en Brest, y reunía á las cartas de que era portador el influjo de su presencia y de sus excitaciones.

También iba destinada al Egipto la expedición de Rochefort anunciada para las Antillas. Trabajábase en equiparla á la mayor brevedad. El edecán Savary activaba su partida y hacía que se trasladasen á aquel punto las tropas destacadas del cuerpo de ejército de Portugal. La división de veinticinco mil hombres que iba en breve á pasar el Pirineo estaba reunida en el Gironde, y se prestaba cómodamente á disfrazar el objeto de la expedición de Rochefort. Sacáronse de ella efectivamente, sin que nadie lo maliciara, algunos batallones para colocarlos en la escuadra: el mando de ésta se encomendaba al almirante Bruix, el más notable quizá entre todos los marinos que contaba la Francia á la sazón. Reunía este almirante á una inteligencia superior, siempre rara, así en la carrera civil como en la militar, grande experiencia de la mar, y se había señalado en 1799 con el famoso crucero del Mediterráneo tantas veces mencionado. Cuando llegara el momento preciso de confiar el general Bonaparte su secreto al gabinete de Madrid, debía el almirante Bruix juntar al paso la división española del Ferrol, tocar en Cádiz para reunirse á la división suministrada por la España, pasar en seguida á Otranto, embarcar las tropas reunidas en este punto, y en Otranto hacerse á la vela para el Egipto.

La división de Cádiz que suministraba la España, se componía de seis excelentes navíos que se estaban armando con la mayor diligencia. Acababa de salir en posta para aquel punto el almirante Dumanoir con objeto de acelerar su equipo; encamináronse por tierra hacia el mismo punto partidas de marineros, y enviábanse al mismo tiempo algunos barcos pequeños llenos de marinos, para que después de desarmarlos formasen parte de las tripulaciones de los buques de guerra.

Estas numerosas expediciones debían forzosamente llamar la atención de los ingleses hacia todos los puntos á la vez, dividirla y causar en ella confusión, para que, entretanto, aprovechándose de su perplejidad y duda, una de ellas por lo menos lograra la suerte de llegar segura á Egipto. Deseando aprovechar la mala estación que dificultaba é interrumpía el crucero enemigo delante de Brest, puso empeño el primer cónsul en que la escuadra del almirante Ganteaume emprendiese su rumbo antes de la primavera, y expidió con este objeto las órdenes más terminantes; pero no le era fácil comunicar á sus generales de mar el arrojado que animaba á sus generales de tierra. Había creído al al-

mirante Ganteaume resuelto y afortunado, porque él era quien le había transportado milagrosamente desde Alejandría á Frejus, pero era una pura ilusión. Aquel jefe, aunque marino muy experto, muy conocedor de las aguas y costas de Levante, y valiente en la pelea, adolecía por otra parte de cierta indecisión, y se amilanaba cuando le confiaban un cargo de mucha responsabilidad. La expedición estaba ya pronta; habíanse embarcado muchas familias de empleados, creyendo que iban á Santo Domingo, y todavía sin embargo se vacilaba en salir al mar. Savary, autorizado con las órdenes del primer cónsul, venció todas las dificultades y obligó á Ganteaume á hacerse á la vela. Advirtiéronlo los cruceros enemigos, dieron aviso de la partida de los franceses á la escuadra del bloqueo, y Ganteaume tuvo que volver á fondear en la rada exterior, la de Bertheaume, fingiendo volver á la bahía para persuadir á los ingleses de que no tenían más objeto aquellas evoluciones que ejercitar á sus tripulantes.

Por último, se hizo á la vela el 23 de enero (3 pluvioso) con un espantoso temporal que dispersó á los cruceros enemigos, y á pesar de los mayores peligros salió felizmente del puerto de Brest, tomando rumbo hacia el estrecho de Gibraltar. El socorro de Ganteaume era tanto más apetecible cuanto que la famosa expedición de quince ó diez y ocho mil ingleses, destinada unas veces al Ferrol, otras á Cádiz y otras al Mediodía de la Francia, navegaba á la sazón hacia Egipto. Estaba detenida en la bahía de Macri enfrente de la isla de Rodas, esperando la estación de los desembarcos y la conclusión de los preparativos hechos por los turcos.

Dióse orden á todos los diarios de la capital de que nada dijeran sobre las disposiciones que se advertían en los puertos de Francia, á no ser que se limitaran á reproducir las noticias del *Monitor* (1).

Antes de continuar refiriendo las operaciones de nuestras escuadras hacia el Mediodía, cúmplenos dirigir una ojeada hacia el Norte y ver lo que ocurría á la sazón entre Inglaterra y los neutrales.

Amagaban en aquel momento al gobierno británico los más graves riesgos. La guerra había estallado por fin entre este gobierno y las potencias del Báltico. La declaración de los neutrales análoga á la que habían hecho en 1780, siendo una simple declaración de sus derechos, hubiera podido mover á la Inglaterra á seguir disimulando con ellos y á no tomar aquella declaración, dirigida en términos generales á todas las partes beligerantes, como una alusión exclusiva á ella, y ceñirse por lo tanto á evitar piques, usando en lo sucesivo más miramientos con los buques daneses, suecos, prusianos y rusos. Interesábase más, en efecto, mantenerse en paz con el Norte de Europa, que poner trabas al comercio de las potencias marítimas subalternas con la Francia.

(1) He aquí una carta curiosa sobre este asunto:

«El primer cónsul al ministro de Policía general.

»Ruego á usted, ciudadano ministro, que por medio de una breve circular prevenga á los redactores de los catorce periódicos que no digan nada que pueda dar luz al enemigo sobre los diversos movimientos que se efectúan en nuestras escuadras, á no ser que copien el Diario oficial.

»París 1.º ventoso del año IX.» (Archivo de la secretaría de Estado.) (N. del A.)

Fuera de esto, la carestía de granos extranjeros que en aquel momento la aquejaba, debía hacer para ella misma temporalmente necesaria la libertad de los neutrales. En rigor, sólo contra la Rusia tenía represalias que ejercer, porque entre todos los que formaban la liga de neutralidad, sólo el emperador Pablo había añadido á la declaración la medida del embargo, y esto lo había hecho más bien por causa de lo de Malta que por otro cualquiera de los puntos más contenciosos del derecho marítimo.

Pero la orgullosa Inglaterra había respondido á una exposición de principios con un acto de violencia, y decretado el embargo contra todos los buques rusos, suecos y daneses; sólo había exceptuado de aquel rigor al comercio de la Prusia, á la cual guardaba aún consideraciones, esperando apartarla de la coalición, y principalmente porque esta potencia tenía al Hannover bajo su dominio.

Estaba, pues, en pugna la Inglaterra con sus dos antiguas enemigas Francia y España á un mismo tiempo, y con las cortes de Rusia, Suecia y Prusia, sus antiguas aliadas; el Austria acababa de abandonarla desde la paz de Luneville, y la corte de Nápoles desde el tratado de Florencia. También iba ahora á faltarle el Portugal, que era su último estribo en el continente. Su situación venía á ser igual á la de la Francia en 1793. Veíase reducida á luchar sola con la Europa entera, con menos peligros, es verdad, que la Francia; pero también con menos mérito en la defensa, porque su posición insular la libraba del riesgo de una invasión. Mas para que esta semejanza de situación fuese más singular y completa, padecía la Inglaterra una hambre espantosa. El pueblo carecía de los alimentos de primera necesidad, y todo se debía á la obstinación de Mr. Pitt y al genio del general Bonaparte; aquél por no haber querido tratar antes de Marengo, y éste por haber desarmado con sus victorias á una parte de la Europa, torciendo á la otra con su política, contra la Inglaterra, eran sin disputa los verdaderos autores de tan prodigioso cambio de fortuna.

Grande era el apuro de la Inglaterra, pero es preciso confesar que no decayó su ánimo en aquellas circunstancias. Habiendo sido la cosecha del año precedente inferior en una tercera parte á las cosechas ordinarias, se habían consumido todas las existencias anteriores. En el año de 1800 resultó menor todavía en una cuarta parte, y hubo gran carestía; aumentó ésta después con la guerra y con la particular sostenida contra las potencias marítimas, porque los abastecimientos de granos se hacían comunmente por el mar del Norte. Siendo, pues, la mala cosecha la causa principal del hambre, bien se podía decir que la guerra la agravaba considerablemente, pues aun cuando no hubiese influido más que en los precios por las trabas que sufría el comercio del Báltico, siempre hubiera ejercido sobre la miseria pública la más dolorosa influencia. Todas las contribuciones presentaban aquel año descubiertos alarmantes; el *income-tax* y los derechos sobre los consumos se temía que produjesen en las rentas una baja de setenta y cinco á cien millones de francos (1). Las atenciones de aquel año eran enormes; para ocurrir á ellas había que

(1) 3 á 4 millones de libras esterlinas.

añadir á los ingresos ordinarios un empréstito de seiscientos veinticinco á seiscientos cincuenta millones (2). El total de los gastos del año en los tres reinos (pues acababa de verificarse la incorporación de Irlanda), comprendidos los intereses de la deuda creada por Mr. Pitt, debía ascender á la suma de mil setecientos veintitres millones de francos (3), cantidad enorme en todo tiempo, pero especialmente en el año 1800, porque en aquella época no habían recibido aún los presupuestos el incremento considerable que les han proporcionado en todos los países los cuarenta últimos años. La Francia, como ya hemos dicho, no tenía que gastar más que seiscientos millones. El importe de la deuda inglesa era, según costumbre, muy incierto; pero según los mismos cálculos del gobierno (4), debía ascender á un capital de doce millares y ciento nueve millones de francos (5). Para atender á sus intereses y amortización era menester un gasto anual de quinientos cuatro millones (6), sin contar la deuda de Irlanda y los empréstitos garantidos por cuenta del emperador de Alemania. Culpábase á Pitt de haber aumentado el capital de la deuda durante la guerra de la revolución en más de siete millares y quinientos millones (7), y según las declaraciones del mismo gobierno, en siete millares cuatrocientos cincuenta y cuatro millones (8).

Pero es preciso confesar también que Inglaterra presentaba un verdadero fenómeno de engrandecimiento en todo, y que su riqueza había aumentado en la misma proporción que sus desembolsos. Además de la conquista de la India terminada con la destrucción de Tipu-Saib, además de la conquista de algunas colonias francesas, españolas y holandesas, á las cuales se acababa de agregar la adquisición de la isla de Malta, la Inglaterra se había apoderado de todo el comercio del mundo. Según los estados oficiales, sus importaciones, que al expirar la guerra con la América en 1781 habían ascendido á trescientos diez y ocho millones de francos (9), y en 1792, al comenzar la guerra de la revolución, á cuatrocientos noventa y un millones (10), acababan de ascender en 1799 á setecientos cuarenta y ocho millones (11). Las exportaciones en manufacturas inglesas que en 1781 fueron de ciento noventa millones de francos (12), y en 1791 de seiscientos veintidós millones (13), habían ascendido en 1792 á ochocientos cuarenta y nueve millones (14). De modo que todo había triplicado desde el fin de la guerra en América y casi duplicado desde la guerra de la revolución. En 1788 el comercio inglés había empleado trece mil ochocientos veintisiete buques y ciento siete mil novecientos veinticinco marineros, y en 1801 empleaba ya diez y

(2) 25 á 26 millones de esterlinas.

(3) 69 millones de esterlinas.

(4) Estas cantidades están sacadas de las proposiciones sobre hacienda presentadas al parlamento en junio de 1801 por Mr. Adington, sucesor de Pitt.

(5) 484.365.474 libras esterlinas.

(6) 20.144.000 libras esterlinas.

(7) Más de 300 millones de esterlinas.

(8) 298 millones de libras esterlinas.

(9) 12.724.000 libras esterlinas.

(10) 19.659.000 libras esterlinas.

(11) 29.945.000 libras esterlinas.

(12) 7.633.000 libras esterlinas.

(13) 24.905.000 libras esterlinas.

(14) 33.991.000 libras esterlinas.